

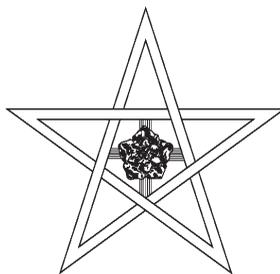


pentagrama

Lectorium Rosicrucianum

Como una tempestad impetuosa,
el espíritu impulsa a cada hombre a
un despertar gnóstico y profundo

2016 | NÚMERO 2



Revista de la Escuela Internacional de la Rosacruz Áurea Lectorium Rosicrucianum

La revista **pentagrama** se propone atraer la atención de los lectores sobre la nueva era que ha comenzado para el desarrollo de la humanidad. El pentagrama siempre ha sido el símbolo del hombre renacido, del hombre nuevo. Es igualmente el símbolo del universo y de su eterno devenir, por el que tiene lugar la manifestación del Plan de Dios. No obstante, un símbolo sólo tiene valor cuando se convierte en realidad. El hombre que realiza el pentagrama en su microcosmo, en su propio pequeño mundo, se mantiene en el camino de la Transfiguración. La revista **pentagrama** llama al lector a realizar esta revolución espiritual en sí mismo.

Redactor Jefe
A.H. v. d. Brul

Responsable editorial
P. Huis

Redacción
Pentagrama
Maartensdijkseweg 1
NL-3723 MC Bilthoven, Holanda
e-mail: pentagrama.lr@planet.nl

Edición y administración
Fundación Rosacruz
Camino del Pesebre, s/n.
50162 Villamayor (Zaragoza)
web: www.fundacionrosacruz.org
e-mail: secretaria@fundacionrosacruz.org

© Stichting Rozekruis Pers.
Ninguna parte de esta revista
puede ser reproducida sin la
autorización escrita del editor.

La revista pentagrama aparece seis veces
por año en holandés, alemán, español,
francés e inglés.
En brasileño, búlgaro, finés, griego, húngaro,
italiano, polaco, ruso, eslovaco, sueco y
checo, sólo aparece cuatro veces por año.

Depósito legal:
GI 1005-95

pentagrama

Año 38 2016 número 2

*Un sépalo, un pétalo y una espina
En la primera aurora de verano
Una perla de rocío,
Una o dos abejas,
Un brisa ligera jugando entre los árboles,
Y heme aquí convertida en rosa.*

Emily Dickinson

Bendición y maldición a la vez, éstos son el asombro y la curiosidad. Ningún animal se pregunta por qué vive ni lo que hace aquí abajo. Por el contrario, el ser humano busca y no cesa de buscar. Y cuanto más investiga, más domina su mundo y la materia. Pero, ¿acaso domina también las profundidades de su espíritu? La búsqueda interior es sin embargo prodigiosa. Si damos muestras de un poco de sutileza, descubrimos horribles facetas de nosotros mismos teñidas de alegría y amor. Necesitamos pues una cierta curiosidad y un justo deseo para alcanzar el fondo puro del ser.

¿Cuál es la causa de una vida consciente? ¿Es acaso el hambre, el deseo de alimento? ¿O tal vez la necesidad de conservar nuestro clan, nuestra familia, nuestro círculo? ¿O es incluso la búsqueda de emociones, de afectos y de todo lo que ha contribuido a hacernos inteligentes, por lo que el poder del pensamiento se ha desarrollado?

¿O bien es algo distinto? ¿Una brisa fresca, una gota de rocío matinal, un algo indescriptible... que nos ha hecho recolectar rosas para servir a la humanidad? Puede ser también que nosotros, confeccionando una maravillosa corona de acciones positivas, hayamos aprendido la verdad del precepto según el cual, como dice la canción de Gilbert Bécaud: ¡lo importante es la rosa...!



Portada:

Amenaza de tempestad primaveral

© Les fenêtres ouvertes

El árbol y la serpiente 2

Jan van Rijckenborh

La sabiduría de Waitaha 6

Una tierra sostenible 14

Frans Spakman

El punto ciego 23

Mi religión 24

Miguel de Unamuno

El dragón 30

Llamados por el corazón del mundo 32

J.R. Ritman

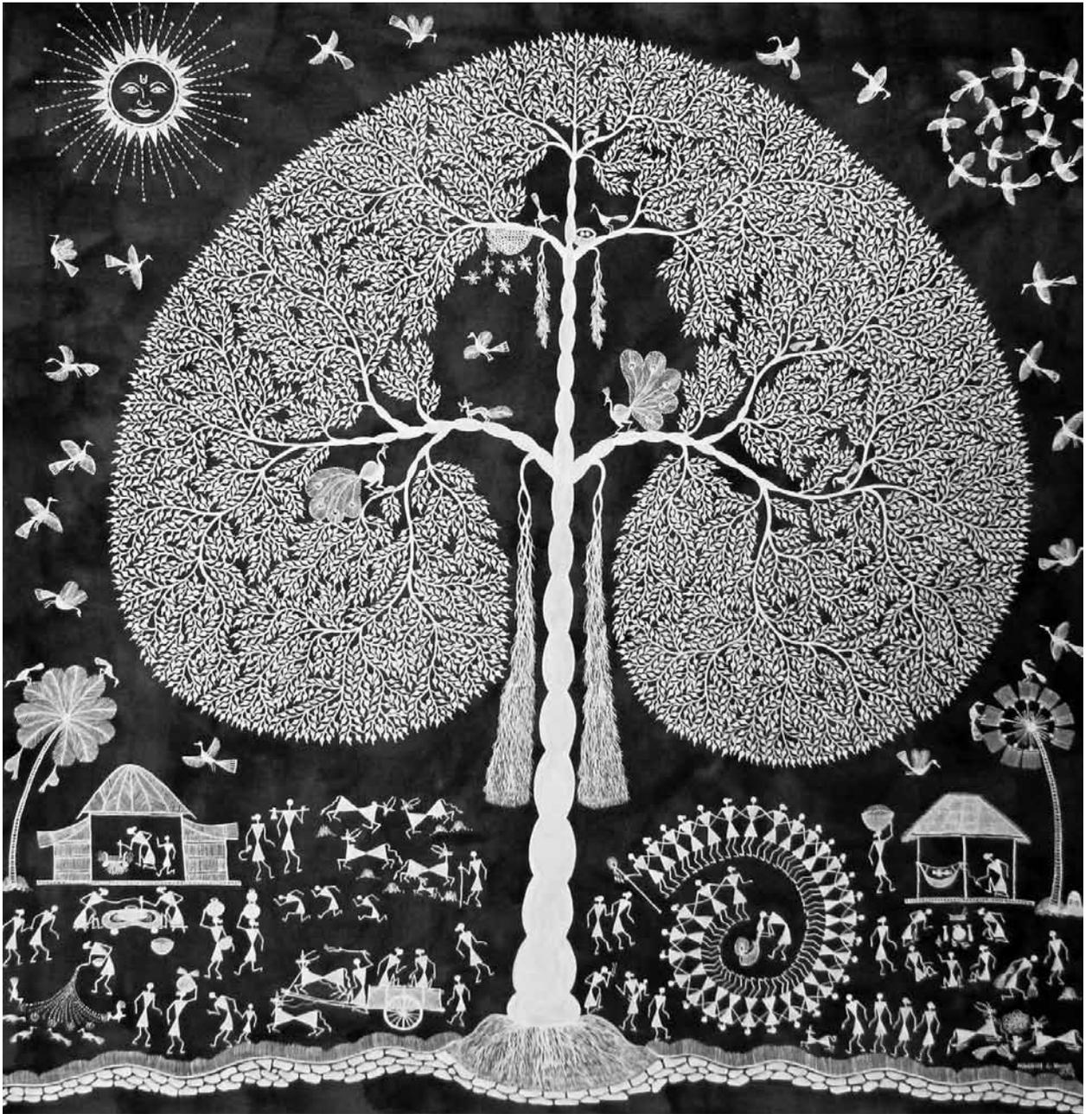


El árbol y la serpiente

Jan van Rijckenborgh

En todas las épocas la simbología sagrada ha comparado el árbol al sistema nervioso del hombre. Siguiendo el ejemplo oriental, la Biblia habla de una higuera. Este símbolo es muy lógico, pues cuando comparamos el tronco del árbol con la columna de fuego espiritual espinal, el santuario de la cabeza aparece como la corona y los doce pares de nervios craneales que de allí descienden para esparcirse en todo el cuerpo, como las ramas unidas al tronco.





Cuando hablamos del árbol de la vida, nos referimos con toda certeza a la actividad original pura e ideal de este sistema vital. Y cuando hablamos del árbol del conocimiento del bien y del mal, lo hacemos para llamar su atención sobre la actividad perturbada y mancillada de este sistema. Así pues, los dos árboles del paraíso mítico se encuentran ante nosotros y en nosotros: tanto el árbol de la vida, como el del conocimiento del bien y del mal.

El ser humano ha alterado y pervertido el funcionamiento de la higuera sagrada y la Biblia nos los desvela claramente por medio de este mito tan bien elegido.

Observemos cuidadosamente la serpiente: vive en la higuera, colgada de sus ramas. La serpiente es el alma, la consciencia que vive en el fluido espinal. La razón por la cual ha sido elegida esta imagen es muy clara, pues el sistema cerebro-espinal por su forma orgánica puede

El pensamiento lúcido de Jan van Rijckenborgh y su gran amor por la humanidad lo condujeron a fundar, junto a Catharose de Petri, una escuela moderna de transformación de la consciencia: el Lectorium Rosicrucianum. La idea de partida era que llenar las lagunas relativas a los conocimientos situados en el trasfondo de la existencia constituiría un instrumento para atenuar el sufrimiento del mundo.

ser totalmente comparado a una serpiente. Cuando Jesús el Señor dice a sus discípulos: “Sed sabios como las serpientes” hace referencia a la unión original, pura y sagrada que existía entre la vida celeste y el fuego espinal, cuando éste último estaba estrechamente unido a la sabiduría divina. No obstante, la serpiente del origen, la de los sublimes misterios, ha degenerado hasta devenir un vil reptil que silba, se retuerce en el seno de la materia y envenena toda la creación. Comprendamos ahora porqué la Biblia dice: “Sed sabios como las serpientes” aun cuando este animal pueda ser considerado como el más repugnante.

En este mismo sentido se habla también del dragón de siete cabezas, surgido de lo profundo de las aguas, y de la hidra de múltiples cabezas. En efecto, la serpiente espinal posee siete de ellas que corresponden a las siete cavidades cerebrales orgánicas estrechamente vinculadas con todo el sistema espinal. Las siete luces que brillan en las cavidades cerebrales son las siete cabezas de la serpiente o del dragón, los siete ojos de los que se habla en un cuento y también los siete pasajes que conducen a Shambala. De esta forma, la intervención divina para la salvación se nos desvela como en una escena de teatro. Percibimos así el gran y sublime trabajo de la Fraternidad Universal, sus tentativas por elevar y transfigurar al hombre caído y su dañada personalidad. El árbol de la vida, la higuera humana original siempre viva, debe ser endere-

zado y nosotros debemos regresar al paraíso en nosotros.

Comprendemos la tarea voluntaria de los Hijos de la Voluntad y del Yoga, así como su manifestación séptuple. Los siete aspectos de la Voluntad y del Yoga que brillan como candelabros en las siete cavidades cerebrales, deben apagarse según la naturaleza. La cabeza de la antigua y vil serpiente, la séptuple cabeza del monstruo, debe ser aplastada para que el Yoga divino, la sabiduría divina, pueda ocupar su lugar y la Voluntad divina, en tanto que sumo sacerdote, pueda reinar en el sistema cerebro-espinal y conducir a la transfiguración.

Entonces el alumno enciende y sostiene con la mano derecha las siete luces nuevas. Los doce pares de nervios craneales, convertidos ya en ramas del árbol de vida, son empujados a la vida nueva. El fluido vital recreador penetra en el interior de los tres santuarios. Del plexo sacro brota el agua viva por las ocho puertas del lugar sagrado hasta el mar de cristal y, a partir de entonces, nada podrá hacerlo estallar.

Los treinta y tres aspectos de la Voluntad y del Yoga, los treinta y tres segmentos del sistema cerebro-espinal, se enderezan cual serpiente llena de sabiduría. Y este reptil que anteriormente expresaba una palabra de muerte, hablará desde ahora el lenguaje de la belleza, de la sabiduría y del amor. El hijo del Único-Absoluto, el maestro constructor divino, deviene el hijo único nacido de Dios, el hijo de las serpientes y de los leones. El árbol de la vida ha sido de nuevo enderezado como un pilar en el templo de Dios. ☸

La sabiduría de Waitaha

No hay en el mundo ninguna isla más solitaria que la isla de Pascua. Excepto un islote deshabitado situado aproximadamente a cuatrocientos kilómetros de allí, la isla más cercana está a dos mil kilómetros más al oeste; América del Sur, el continente más cercano, está a tres mil setecientos kilómetros. La mayoría de las islas del gran archipiélago al cual pertenece la Isla de Pascua, la Polinesia, situada entre Australia y el continente sudamericano, se encuentran a cuatro mil kilómetros. En unos siete mil kilómetros en dirección a Nueva Zelanda sólo hay océano. Las dimensiones de la Isla de Pascua son de alrededor de veinticuatro kilómetros de largo por una anchura máxima de diez kilómetros. Se puede hablar con razón de una mota de polvo triangular en medio del océano. Su descubrimiento, en 1722, por el navegante holandés Jacob Roggeveen permitió que Europa tuviera conocimiento de ella.

La ocupación de un lugar tan remoto, lejos de todo, no se debió a la casualidad, sino que fue guiada por un designio superior, lo cual se relata en el Canto de Waitaha. Las tradiciones de los habitantes originales de Nueva Zelanda fueron guardadas en secreto durante siglos, pero hace algunos años se hicieron públicas. Según estas tradiciones, diversos pueblos, o mejor dicho, diversas razas fueron conducidas hacia este lugar de la Tierra, de manera coordinada, por un poder superior. La isla se convirtió en un centro, o más exactamente, en un foco de misterios para todos los territorios del océano Pacífico. El canto relata que Hotu Matua, la heroína del pueblo de los Maoris de Polinesia, y Kiwa, el navegante del Uru Kehu venido del Este, es decir: de América del Sur, recorrieron

los ocho mil kilómetros que los separaban para encontrarse en este lugar solitario. Hay que ver en esto algo más que el destino de dos personas, lo mismo que más tarde su nieto Maui, impulsado no por la sed de descubrimientos sino por una misión interior, partió en busca de Nueva Zelanda. Y luego, todavía hubo un tercer pueblo que llegó a la Isla de Pascua: “los hombres de la piedra”, descritos como pertenecientes a otra raza, la tercera. Parece como si algunos seres humanos en sus grandes peregrinaciones, mucho más allá de los límites de las regiones habitadas, hubieran sido intencionadamente conducidos hacia la Isla de Pascua. Durante más de mil años, esta isla muy “cargada” espiritualmente, situada en pleno océano Pacífico, sirvió de punto de partida y de centro de misterios.



Para Paul Gauguin, era evidente que los Maoris de Tahití eran hombres todavía muy cercanos a sus orígenes. En estas caras dibujadas al carboncillo (Tahití, 1889) supo fijar en una sola imagen su originalidad étnica y su espiritualidad. The Metropolitan Museum of Art, New York, E.E.U.U.

RECONSTRUIR LA CRONOLOGÍA La historia de más de setenta generaciones relatada en el Canto de Waitaha, así como la mención de una enorme erupción volcánica que tuvo lugar en Tamatea, la Isla del Norte de Nueva Zelanda, hace 1700 años, nos permite establecer una nueva cronología. Procedente de la Isla de Pascua, Maui, el nieto de Matua y Kiwa, puso el pie en Nueva Zelanda hacia el comienzo de nuestra era cristiana. En el transcurso de los siglos III y IV Nueva Zelanda se abrió al exterior exportando, entre otras cosas, patatas y

punamu, una piedra verde considerada sagrada, una especie de jade. Estas piedras verdes, recogidas por su poder curativo, se propagaron por todo el archipiélago polinesio durante treinta y siete generaciones, o sea, hasta el siglo XII o XIII de nuestra era. Las belicosas invasiones de los Maoris polinesios en la Isla de Pascua y en Nueva Zelanda exterminaron a los “pueblos antiguos”; lo hicieron antes de que los recién llegados tuvieran la ocasión de asimilar los conocimientos propios de los autóctonos de la isla.



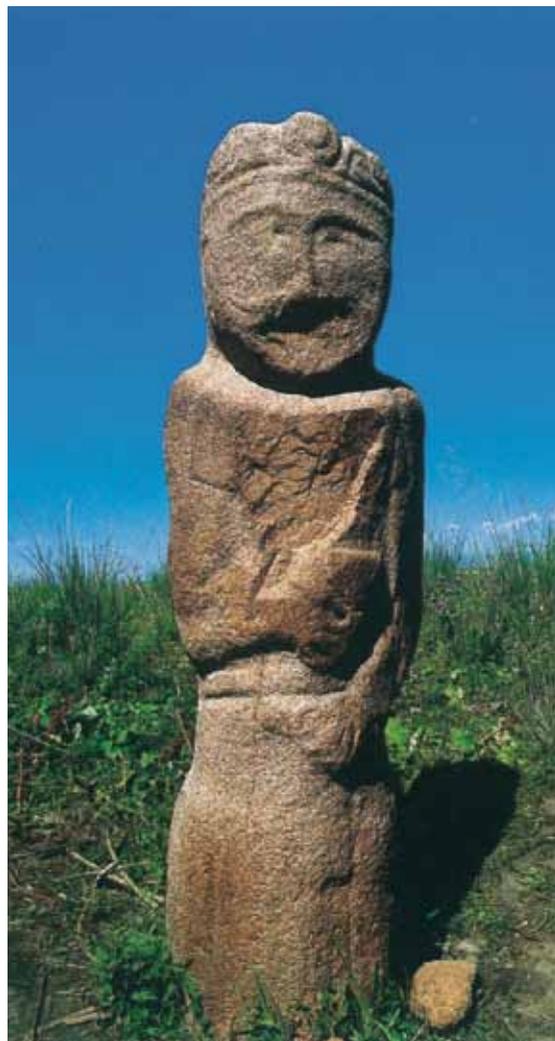
Estas estatuas están erigidas en la Isla de Pascua que, según la Doctrina Secreta, emergió de las aguas. Presentan grandes similitudes con otras estatuas descubiertas en Mongolia (cf. Página de la derecha), cuyo origen también se desconoce. La Isla de Pascua y la Pirámide de Gizeh se encuentran exactamente opuestas una de otra en la esfera terrestre, lo cual es un enigma añadido.

La historia de la Isla de Pascua también se podría reconstruir a partir de las concepciones de las tradiciones ancestrales. El Canto de Waitaha nos relata que las primeras colonizaciones de la isla ocurrieron simultáneamente. Hotu Maua y su pueblo vinieron de Polinesia; Kiwa llegó aproximadamente al comienzo de nuestra era; poco después llegó un tercer pueblo, probablemente desde Asia. En el transcurso del siglo XIV los Polinesios llevaron la brutalidad, las luchas y los conflictos a Nueva Zelanda y a la Isla. No tuvieron ninguna consideración con la cultura autóctona. Finalmente, en el siglo XVII, la antigua cultura de la Isla de Pascua declinó. Los diversos objetos hallados en esta isla testimonian del hecho de que no fue simplemente una tribu local la que desarrolló esa cultura sino que hubo una civilización altamente desarrollada. Las gigantescas estatuas erigidas no se encuentran en ningún otro lugar.

Es difícil concebir cómo hombres que no poseían herramientas de hierro llegaron a esculpir, transportar y erigir semejantes estatuas que miden hasta doce metros de altura y tienen un peso que puede sobrepasar las ochenta toneladas. ¡En una cantera yace un monumento inacabado de veintidós metros!

También se ha descubierto un sistema de signos propio de esa cultura y que forma parte de escrituras extrañas que aun no han podido ser descifradas, como la de la civilización del valle del Indo (Mohenjo Daro y Harappa) con la que tiene semejanzas.

EL ESPLENDOR DEL ARCO IRIS Estas estatuas de piedra tienen una semejanza sorprendente con otras esculpidas en Mongolia las cuales fueron también erigidas, aisladas en el paisaje y desprovistas de piernas. En el Canto de Waitaha encontramos algunas vagas indicaciones sobre el origen asiático de los “hombres de la piedra” (Lu Takapo) quienes, bajo la dirección de Ron-



gueroa, llegaron a la Isla de Pascua. Ellos que procedían de las “montañas más altas, el techo del mundo”, son probablemente los creadores de las estatuas de piedra de la isla. Esas “altas montañas” no nos remiten a los Andes puesto que Kiwa era originario de allí. Por otra parte, el canto insiste varias veces en el hecho de que la procedencia de los tres pueblos se correspondía con tres orígenes y corrientes completamente diferentes.

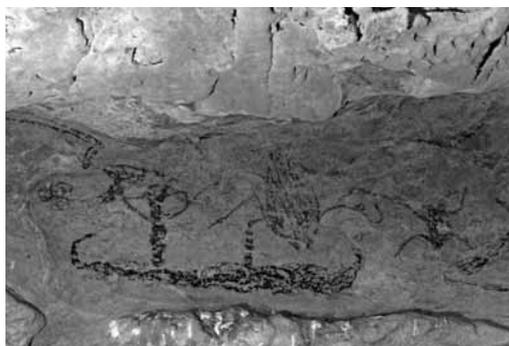
En la memoria colectiva de la civilización de la Isla de Pascua hay muchas catástrofes en las que intervino el fuego. Éstas pudieron ser causadas, bien por erupciones volcánicas o bien porque el fuego “llovía del cielo”. También se menciona una gran inundación, una ola enorme procedente del mar. Los arqueólogos han encontrado rastros de ella. Sin embargo, la narración dice: “El esplendor del arco iris encierra la certeza de que la gran inundación no volverá jamás y que la tierra no volverá a ser sumergida por las grandes aguas. Los colores de todos los pueblos de todos los países se ven en el arco iris; el sueño se ha realizado: la promesa de la paz; y puesto que el fuego debe todavía venir para purificar y curar, no se ha dicho nada sobre el gran fuego.” Este pasaje del texto testimonia del recuerdo de grandes hundimientos y calamidades que

dieron lugar a la caída de civilizaciones todavía desconocidas, muy anteriores a estas narraciones de los ancianos y de sus propios antepasados. ¿No será que el “centro de misterios” de la Isla de Pascua se remonta a los tiempos más remotos? ¿A los tiempos de los orígenes, hace ya mucho tiempo? ¿Acaso los conocimientos originales del género humano se fijaron en este lugar, tal vez pasando por el “centro de misterios” del desierto de Gobi en la Mongolia interior? ¿Procederían también de allí las informaciones relativas a las grandes inundaciones y a la aparición del arco iris?

LA MANDÍBULA INFERIOR Y SUPERIOR Las tradiciones del Waitaha y otros pueblos antiguos no mencionan nada concreto en relación con las enseñanzas de los misterios, iniciaciones o cultos. No obstante, podemos claramente



Nada de lo que realizaron los Waitaha estuvo desprovisto de significado. Ahora bien, el simbolismo de sus pinturas rupestres donde se ven barcas, serpientes y hombres bailarines, es todavía incomprendido en gran parte. Hace dos siglos fueron descubiertas estas pinturas en las grutas de Hazelburn-Blacklers, en el distrito de Timaru en Nueva Zelanda.



discernir dos niveles de conocimiento y de sabiduría. Las historias sagradas de la “mandíbula superior” y la voz de la “mandíbula inferior”. Lo que es competencia de la superior es estrictamente secreto, y solamente tiene conocimiento de ella un pequeño número de elegidos conocidos como “personas buenas”, formadas desde su nacimiento. “La fuerza de la mandíbula superior” jamás es confiada a quienes sólo viven para sí mismos, sin pensar en los demás. Ésta nunca se concede a las personas “poseídas por la cólera y causantes de sufrimiento”. Sólo tienen acceso a estos planos de conocimiento las personas con una conciencia fuera de lo común, y que han sido ampliamente formadas y provistas además de grandes dones espirituales. Ellas se acercan a los “ancestros de los mundos” y participan de algo así como de un saber original, cuya autenticidad resuena en la tradición verbal fielmente retransmitida sin interrupción. Por el contrario, la voz de la “mandíbula inferior” no está unida a una ley de silencio. Sus historias llaman tanto a los jóvenes como a los viejos hacia los fuegos en los cuales experimentan mundos más reales que lo que tocan, más perceptibles que lo que se puede ver con los ojos, más bello que aquello que querríamos conservar durante mucho tiempo. Cada una de estas historias es como una semilla que, aunque no pueda germinar en cualquier lugar, será reconocida siempre por algunos oyentes que descubrirán su significado profundo. La paz mutua, la armonía con la naturaleza, un gran conocimiento de los procesos vitales y de las energías de los campos etéricos caracterizan a esta antiquísima cultura del océano Pacífico. En general, su medio era “puro”, las energías espirituales y sutiles no encontraban casi obstáculos. Todo esto puede también aplicarse a Nueva Zelanda. Se nota en las plantas y las flores, por ejemplo, casi todas tienen un colorido extraordinariamente vivo.



Máscara maorí

No había mamíferos superiores y la presencia humana apareció mucho más tarde que en otros lugares.

CUALIDADES NOTABLES Los antiguos pobladores que nos da a conocer el Canto de Waitaha, estaban en armonía con este medio. Eran dulces, inclinados a la armonía y evitaban en la medida de lo posible el conflicto, la cólera y la irritabilidad que, por otra parte, estaban sujetas a castigo. Eran muy tolerantes, y sin embargo expulsaban a las personas violentas de su comunidad. En cuanto las amenazas y los conflictos fueron introducidos en su país por conquistadores extranjeros como los Maorís, comenzó la decadencia de la cultura pacífica. Ésta no pudo coexistir con la presencia de invasores con una mentalidad brutal y sin moderación. Además de las cualidades mencionadas, los antiguos pobladores de las islas del Pacífico

La denominación común de *Waitaha* se aplicaba a tres pueblos diferentes. Los moriori de una talla de 1,80 m, conocidos por tocar la flauta de madera cumarú. Los urukehu, de piel clara, llamados “paseantes estelares”, navegantes que sabían leer en las estrellas para orientarse. Los kiritea, o pueblos de piedra, originarios de Asia, que habían aportado las piedras de jade. Estos tres pueblos ocuparon la multitud de islas del Pacífico Sur desde los años 400-450 a. de C. Su civilización decayó en el transcurso del siglo XVII bajo los golpes de los invasores maoris.

debían haber desarrollado una valentía y una perseverancia formidables. Hombres y mujeres jóvenes provistos de estas cualidades eran seleccionados para los viajes marítimos. Iban y venían sobre las inmensidades del océano, desde la Isla de Pascua hacia Nueva Zelanda y América del Sur, en canoas hechas con árboles unidos, sin más ayuda que el firmamento.

¿REGRESO PACÍFICO DE UNA CULTURA RAPANUI?
En estos últimos decenios, muchas almas de la generación joven, principalmente de América, han introducido en Europa y otros lugares del

EL CANTO DE LA CREACION

El canto de Waitaha sólo contiene algunas vagas indicaciones sobre el origen asiático de los “Hombres de la Piedra” que venían de las “montañas más elevadas, el techo del mundo”. Según *La Doctrina Secreta*, la Isla de Pascua conoció la primera civilización de la tercera raza de la que formaban parte los Lemures. Aconteció que la isla fue tragada con lo que quedaba de Lemuria, pero más tarde una súbita erupción volcánica hizo emerger de nuevo un pequeño vestigio de los tiempos arcaicos con su volcán y sus estatuas intactas, como testimonio de la existencia anterior de Lemuria. Algunos pretenden que ciertas tribus aborígenes de Australia son los últimos descendientes de esta raza.

El Canto de la creación

“De las profundidades del vacío surgió un ruido atronador”

Al principio, el universo fue llamado a la vida por lo Mata Ngaro, el dios de los dioses, padre y madre de lo que no había nacido, el creador del todo.

Y todos los nacidos de las estrellas eran hermanos y hermanas, miembros de una sola familia.

Y su espíritu era libre.

Y los miembros del género humano viajaban hacia el mundo de la Luz sobre las mareas del comienzo de los tiempos.

Y cayeron en el mundo de la oscuridad donde el mal, los hijos de Tane, les condujeron por los senderos del dolor y la amargura.

“Y ellos se volvieron de nuevo hacia la Luz y se encontraron de pie en el círculo de la paz.”

Así comienza *El Canto de Waitaha. La historia de una nación.* (The Song of Waitaha, The Histories of a Nation)

Durante siglos, estos relatos fueron transmitidos oralmente por los ancianos de Waitaha. En 1994, fueron publicados por primera vez, en Christchurch, en Nueva Zelanda, después de que los ancianos dieran su autorización, en 1988.

Algunos arqueólogos de Nueva Zelanda hicieron varios descubrimientos sobre un pueblo que no conocía las armas y que diseñó sus propios procedimientos comerciales así como el modo de transportar piedras a lo largo de todo el país. Sobre esta comunidad pacífica versa el Canto de Waitaha que la denomina “La Nación”.

mundo un movimiento nuevo y sorprendente. Estas almas, portadoras de valores como la paz, el amor y una relación completamente nueva con la naturaleza, pueden conducirnos a una nueva conciencia de nuestro entorno. ¿Podría ser que los antiguos impulsos de la civilización de la Isla de Pascua hayan revivido bajo una forma adaptada a nuestra época? ¿Acaso asistimos a la eclosión de una nueva civilización donde los valores de paz y los conocimientos concernientes a las fuerzas vitales pueden ser una vez más enseñados y practicados intensivamente durante un milenio? 🌱

Fuentes

Traducido, condensado y recompuesto a partir de tres artículos de Winfried Altmann, publicados en *Das Goetheanum*, 1997-1998.

En esta serie de artículos el autor resume la obra *Song of Waitaha, The Histories of a Nation, Being the Teachings of...* (El Canto de Waitaha. La historia de una Nación. Enseñanzas de... (un colectivo de autores), Barry Brailsford ed., Ngatapuwa Trust, Christchurch, 1994, edición ilustrada. Los fragmentos de los cantos que figuran en nuestro artículo son extractos de los publicados en la obra de Winfried Altmann.

“En la Luz está la vida y la compasión,
en la oscuridad, sólo existen las tinieblas.
En la Luz, el sueño no conoce fronteras,
en la oscuridad, el sueño está deformado,
no puede encontrar su principio
y detiene su final.”

“Todos nosotros somos hijos de Tane Mahuta, originarios de la tierra roja que tomó forma en la primera mujer. No obstante, mientras que algunos, bondadosos, se mantienen de pie a la luz del sol, otros se arrodillan en la oscuridad, alimentados por la ira y el dolor. Los hijos de la paz son como las ramas alimentadas por la madre Tierra; buscan la Luz y se elevan cada vez más hacia lo alto, tal como lo hacen los árboles del bosque. Los hijos de la oscuridad crecen como plantas mutiladas, su espíritu se confunde con las raíces y las ramas; frustrados, se engañan a sí mismos. Su rabia se alimenta de la rabia de crecer sin proyecto, de moverse en todas direcciones para encerrarse, ponerse trabas y hacerse daño. La oscuridad ha olvidado la belleza del árbol que se mantiene bien derecho. Tanto tiempo como anden tras los redobles de tambores, los hijos de Tu Ma Tauenga serán como niños, encerrados en un espíritu inacabado y deformado, prisioneros en los cuerpos, persuadidos de que destruir es una fuerza y buscando refugio en el sufrimiento de los demás.”

Continúa entonces la narración de la llegada de guerreros maorís que tuvieron fácil la conquista de los países de la Nación, porque sus habitantes no ofrecieron ninguna resistencia. Luego viene el final del Canto de Waitaha:

“Y partimos en paz. No hubo batallas, solo nuestros muertos, los jóvenes, los viejos, las mujeres, los hombres, todos. Y las familias sintieron que el círculo estaba roto. Hubo un tiempo en el que fuimos numerosos como los granos de arena de la playa, ahora sólo somos unos cuantos.”

¿Una tierra sostenible... es todavía posible?

Frans Spakman

EL ENGAÑO



En todo hombre, en toda alma hay una propensión a expresarse en el mundo, una necesidad vital de exteriorizarse.

Esta propensión se deja fácilmente condicionar y manipular por la sociedad que alienta la lucha por la existencia y la competitividad con el fin de suplantar al competidor o adversario. Una carta del juego de estrategia Risk lo enuncia así: “Destruye las armas del enemigo.”

A menudo sucede que el alma engancha el yo a su carruaje. El yo, al querer siempre hacerse valer, genera el conflicto por el deseo de mantenerse, por la lucha para medirse y suplantar a los otros; esta tendencia culmina en un impulso destructivo. Todo esto va acompañado de fricciones y de tensiones puesto que sólo uno puede ser el mejor, lo que va en detrimento de los otros. Se trata de un mal menor si estas expresiones vitales se limitan a los deportes, a los juegos y a las artes en las que la competición se desarrolla bajo el signo de la creatividad y de la emulación. Aun cuando todo esto está a menudo al servicio del beneficio y de los grandes negocios no ocasiona demasiadas víctimas, excepto de forma indirecta.

La creatividad es una cualidad eminentemente humana, por lo menos en potencia.

A este respecto, poco antes de la segunda guerra mundial, el célebre historiador holandés Johan Huizinga, introdujo la noción de “*Homo ludens*” (hombre lúdico). Esta noción un tanto recuperada en todos los ámbitos, vuelve al primer plano en estos últimos años con la toma de conciencia de que el hombre es un ser jugueteón que posee una creatividad que le es inherente. El mundo, el planeta, la creación serían otras tantas

cajas de juguetes y la medida de lo que es humano, nuestra área de juego psicológico. El gato juega con el ratón hasta que este último muere exhausto, aun cuando se decepciona cuando lo ve inanimado y sabe que no podrá participar en su juego. Si nos causa placer jugar con otro a la manera del gato, sobrepasamos la medida, salimos de nuestra área de juego. Esto es lo que ocurre a escala planetaria, convertida en el área de juego del gato y el ratón, pues no tomamos en consideración la propia naturaleza de los materiales de juego. Nuestro juego no es sostenible, pues es destructor. Podemos incluso decir que la noción de comunidad de vida se ha transformado en comunidad de muerte.

Cada año quinientos millones de animales son abatidos, es decir, tantos como habitantes hay en la Unión Europea. Llegaremos incluso a suprimir los bosques tropicales para incrementar todavía más el ganado. Queremos ser los carniceros y los lecheros del mundo. Agotamos los mares y recalentamos el clima con los gases de efecto invernadero, los cuales son producidos principalmente por las compañías ganaderas cuya industria consume la mitad de las reservas mundiales de trigo. Todas estas empresas comerciales tienen un efecto destructor de la vida planetaria, tanto más cuando, en su ceguera, todas se vuelven cada vez más competitivas para mantener una posición líder en el mercado, y así beneficiarse de mayores dividendos. La tierra es el único planeta que nos mantiene con vida y estamos ciegos respecto a nuestra conducta letal. En realidad, sólo actuamos por la necesidad de

ser creativos. Además, aun cuando el alma no enganchara el yo delante de su carro, incluso si buscara ser creativa sin tener que luchar, nada garantizaría que pudiésemos alcanzar un nivel de durabilidad. Como dice el Buda: la razón es que la vida humana es *dukkha*. Una característica del romanticismo es la de considerar la vida humana como una fricción, un sufrimiento, pero esta visión no traduce objetivamente el término *dukkha*. Este término se refiere a los roces, a la resistencia de la rueda de un carro.

La resistencia debida a la fricción provoca siempre una pérdida de energía. Es importante pues tener el menor número posible de pérdidas de energía y, por consiguiente, ahorrar. Cuánto más trabajemos de forma económica, más actuaremos de forma sostenible. Traslademos esto a la noción de renta, de interés. La renta es como una fricción, un enganche poco durable; en el sistema económico y financiero este mecanismo es llamado “usura” por quienes han tomado consciencia de su carácter abusivo.

Lo ideal sería que se produjera solamente un movimiento útil sin roce y sin fricción, como ocurre en un *perpetuum mobile* (movimiento perpetuo). Si no hubiera usura, tampoco habría resistencia ni sufrimiento, ésta sería la dinámica más sostenible.

Algunos pretenden que solamente la inmovilidad perfecta, el completo reposo o el silencio entendido como la ausencia de todo impulso podrían ser considerados como sostenibles por el hecho de que éstos no producen usura. Grande es la necesidad de un silencio perfecto.

Pensemos en todas esas personas que quieren reducir el movimiento de sus pensamientos al mínimo, pues saben cuán constrictivos e hipnóticos son éstos, sin ignorar que una meditación motivada por pensamientos personales no es apta para conducir al yo al silencio.

En ciertas órdenes orientales, la voluntad de alcanzar este silencio se lleva a un punto en que se suprime toda dinámica física. Los monjes se encierran en grutas del Himalaya donde permanecen cierto tiempo en una especie de coma sin que su consciencia se apague del todo. Se dice que algunos monjes meditadores se dejan encerrar durante siglos hasta el día en que son “despertados” con el fin de cumplir alguna misión en beneficio del género humano.

Siendo que el nirvana está considerado como la extinción de todos los deseos, en tanto que camino de mortificación del yo, esta prueba es naturalmente interesante, en todo caso, no perjudica a la tierra. Pero seamos realistas, todo el sistema solar con sus planetas en órbita y sus satélites es una dinámica en sí misma cuyo programa puede durar millones de años. A pesar de ciertas variaciones, el movimiento es constante como ha demostrado el astrónomo Kepler.

Pensemos también en el hecho de que cada planeta parece poseer una tonalidad propia, una vibración específica. La vida es movimiento y Buda así lo reconoce, pero todo movimiento que se resiste, frena y usa, representa para la vida humana lo que el romanticismo denomina el dolor del género humano.

La cuestión que se plantea ahora es saber si

La vida es movimiento,
el movimiento es
fricción. Esta fricción
es “el sufrimiento de la
humanidad”

una vida humana sin sufrimiento es posible y si podemos vivir sin que nosotros mismos nos causemos sufrimiento. Dicho de otra manera, convendría preguntarse si no es acaso nuestra propia vida la que frena la gran rueda cósmica. Desde el punto de vista cósmico, deberíamos poder resonar con la tonalidad fundamental de la tierra absteniéndonos de toda violencia, sin hacer pagar al planeta y su entorno natural la renta exorbitada de nuestras ilimitadas necesidades, de nuestros hábitos nefastos, de nuestros derroches desconsiderados y de los sistemas que ponemos en marcha causando daños irremediables. Para llegar a esto, tenemos a nuestra disposición una gran ley, la del amor que incluye a todos y a todo, el amor que todo lo abarca y que todo lo da. Esta ley del Amor se encuentra prácticamente en todas las culturas, religiones y códigos de conducta. Sin embargo, desde el punto de vista económico, esta ley no nos permite subsistir y no nos aporta alimentos, no nos proporciona ayuda financiera. Nadie puede contentarse sólo con amor y agua clara. Estaremos de acuerdo que en este mundo rige la ley del intercambio de fuerzas; limitarse sólo a dar, sin recibir, no es rentable, hasta tal punto que podríamos preguntarnos si esta ley se refiere a la vida material práctica. En efecto, podríamos estar en la donación absoluta y darlo todo, pero entonces sólo podríamos hacerlo una vez. En nuestro mundo, las estructuras de poder y dinero son tales que benefician a los ricos y empobrecen cada vez más a los pobres. Tal es el resultado de la corrupción que resulta del modo



de vida que hemos adoptado, según una escala de necesidades surgida de conceptos ideológicos egocéntricos considerados como norma. Todo esto nos limita, nos restringe con respecto a la idea que nos hacemos del ser que somos, dotados de una fuerza de creatividad. Por todo ello, no cesamos de causar más y más fricciones y usura en el sistema planetario. Los deportes, los juegos y las artes no son suficientes ni como válvula de expresión vital, ni como garantía de un equilibrio biológico y energético. Sin ninguna consideración por los bienes que malgastamos, los recursos que agotamos y la biodiversidad que mutilamos, usamos –muy frecuentemente y con mal criterio– todas las posibilidades de satisfacción creadas por puro interés comercial. La pasión de consumir es tan apreciada y alentada que nos ha inmunizado contra la razón y la reflexión, cualidades típicamente humanas. Las necesidades y la codicia se han convertido en la motivación de base normal que guían a la psique. Un psicólogo moderno, Steven Reiss, considera que el poder, el honor, la venganza, los alimentos y la sexualidad son las cinco necesidades humanas fundamentales; de esta manera él defiende implícitamente el principio del código de honor



primitivo y perverso que tiene como móvil la venganza.

Llegados a este punto, alcanzamos a ver que la causa de todo esto es el alma humana y la consciencia. Del mismo modo que no parece que exista verdaderamente un movimiento perpetuo, un principio de durabilidad integral parece también poco realista. En nuestro continuo espacio-tiempo determinado por la materia, un funcionamiento energético carente de usura, sin desechos es una utopía, al igual que la elevada ley de Amor es un ideal inaccesible para nuestra

consciencia y para el alma de los mortales que somos.

No olvidemos, sin embargo, que el alma tiene un potencial, una facultad de transformación que permite una nueva comprensión y, por ello, un cambio de vida y una realidad diferente. Nos es pues posible ser inspirados por la durabilidad de la corriente de transformación que no produce fricción y tomar consciencia de esta corriente sin por ello devenir idealistas, imponernos objetivos y exigirnos esfuerzos sobrehumanos.

La sostenibilidad consiste en procurar que ningún factor de bloqueo perturbe los ciclos, las transiciones y las transformaciones de energía



Por consiguiente, la naturaleza sostenible no se centra en la fabricación de productos de alta calidad que posean una larga duración de vida, sino en la atención dirigida al hecho de evitar o eliminar los factores susceptibles de bloquear los circuitos de transición de energía y de reciclaje. La descomposición y la disolución nos aparecen como pilares importantes de la sostenibilidad. En consecuencia, no es necesario boicotear los productos de alta calidad, aún cuando no sean totalmente degradables y reciclables. Con el fin de iluminar nuestra consciencia,

veamos si la historia nos ofrece ejemplos de procesos sin usura. Para comenzar, encontramos el óctuple camino mostrado por el Buda, en cuya vía el *no hacer* desempeña un papel muy importante. Este *no hacer* puede hacer desaparecer la fricción en el curso del proceso, de tal manera que responda a una de las condiciones del Despertar. Pero como ya hemos visto, esto puede conducir a una inactividad que ya no permite al alma expresarse por su creatividad. Más cercano a nosotros, encontramos la figura de Hildegarde von Bingen: “Así como el agua fluye, así fluye la luz viva”. Esta luz, comparable al agua sin por ello ser semejante, es a la vez consciencia y energía. Hildegarde es a veces llamada la mística “verde” pues veía la tierra, el hombre y el cosmos como un conjunto vivo. ¿Puede existir compatibilidad entre un planeta sostenible y una realidad material práctica? Paralelamente, ¿puede una corriente de fuerza-luz sin fricción armonizarse con el proceso de nuestra realidad sensible?

Parece claro que una tierra “santa”, una tierra sin *dukkha* existe sobre todo al nivel de la vida del alma. En efecto, si nuestra psique es transformada, estará en condiciones de experimentar la “tierra santa” y por tanto de vivificarla. Pues nuestra nueva mentalidad y nuestra nueva conducta pueden ser auto-realizadoras, auto-creadoras. Esto concuerda con las visiones metafísicas de vanguardia que pretenden que seamos los creadores de nuestra realidad y de su contenido. En realidad, somos nosotros que, en tanto que síntesis alquímica del verdadero ser, tenemos el poder de crear una tierra de naturaleza sostenible.

El alma devenida autónoma y madura en su juicio hasta el punto que una economía sin usura, es decir que un concepto de gestión armonioso de las cosas de la vida puede manifestarse en ella, llega a contemplar simultáneamente la tierra santa y a crear este mundo sostenible. Al ser observadora de las relaciones cósmicas sin mancha, es también co-constructora. Esta es nuestra misión realizable por el hecho de “ver”,

El contenido de nuestra alma desempeña un papel primordial en la transformación de nuestra consciencia, que es la clave para la tierra santa

.....

de comprender este modelo energético sorprendente, totalmente diferente al de una rueda que se atasca y se desgasta. Pues ésta es la verdadera causa del sufrimiento.

Sólo con observar lo destructiva e invasiva que es la economía de mercado, sufrimos no con los ojos, sino con el corazón. Nuestra alma sufre y la expresión de su función creadora se encuentra disminuida. Muchos jóvenes reducidos al paro, entre ellos los europeos, ya no consiguen ser creativos pues el sistema de la sociedad se lo impide jurídica y socialmente. Su situación financiera y psicológica se degrada pues el principio del beneficio en vigor por doquier les ofrece como mucho un “minimex”¹ y así los colocan muy a menudo fuera de juego. Existe la creencia de que estos jóvenes pueden todavía considerarse dichosos de poder desfogarse dedicándose un poco a los deportes, a los juegos o a la expresión artística, aun cuando esto les aporte poco beneficio.

La maximización de los beneficios en detrimento de todo y de todos está llegando a un punto crítico. Esto nos fuerza a reflexionar, a gestionar

de otra manera nuestro capital de energía vital, que no se realice en detrimento del bien común ni de otros. Un pequeño cuento ilustrará nuestro propósito: “El supermillonario O.B. Bondon tiene como divisa sacro-hipócrita que el dinero no cuenta para él. Su naturaleza de amable caballero le permite acceder al Consejo de los *Superjefes*, los súper ricos señores de las finanzas y de la economía mundial. Allí conoce a Avansais, otro jefe de apariencia enana que conoce con antelación todo lo relacionado con el universo y con la naturaleza. Avansais entrega a O.B. Bondon un aparato orgánico llamado “alumbra-energía” que gira continuamente sin dañar, sin deteriorar el entorno. Es una especie de movimiento perpetuo que se auto-alimenta. Pero el presidente de los *Superjefes* considera este aparato antinómico con respecto al orden establecido y, furioso, la toma con O.B. Bondon: ¿Qué ganamos con esto? ¡Este invento no me aporta nada! Haced desaparecer esta basura. ¡No veis que la crisis espera nuestras iniciativas!”²

¿Acaso no es esta la actitud que encontramos en el mundo de hoy? La *alumenergía* podría suministrar gratuitamente la energía, lo que podría garantizar una tierra sostenible. Pero la pregunta “¿Qué ganamos con esto?”, se presenta a todos los niveles.

¿Cómo se manifestaría en nuestras almas el valor de esta economía sin residuos? Teniendo en cuenta que el alma representa el ser que quiere expresarse en este mundo de manera creativa, con amor y sin dañar la tierra, ésta es una cuestión tan vieja como el mundo. La Antigüedad,

Buda, el Cristianismo y más recientemente los filósofos tales como Kant y Spinoza respondieron a esta pregunta. Pocas personas saben que los antiguos gnósticos de la tradición hermética dieron también sus respuestas. En el siglo pasado, el gnóstico Jan van Rijckenborgh resumió el proceso energético de forma lapidaria: “Recibirlo todo, abandonarlo todo y así renovarlo todo”. Es evidentemente un punto de partida revolucionario si entendemos por revolución “renovarlo todo”.

Cabe preguntarse si la Tierra espera eso. Los circuitos y los ciclos de la naturaleza virgen son autosuficientes en el equilibrio que mantienen por naturaleza. Esto es lo que sugería el famoso film de Philip Glass, *Koyaanisqatsi*.

¿Acaso no sería suficiente intentar restablecer el equilibrio? ¿De dónde vendrá la energía para una tal transformación del alma, de la consciencia? ¿No se da la energía vital a los seres humanos de una vez por todas al nacer?

Es difícil creer que se podrá restaurar el equilibrio inicial del planeta después de todos los atentados perpetrados en su contra, sin hablar de los procesos irremediables como la extinción de especies y de organismos. En el mejor de los casos, la mancillada tierra recuperaría su belleza, en cuanto a los hombres, serían colocados ante la deuda colosal de deber evacuar, limpiar o recuperar la gigantesca suma de residuos y objetos inservibles. Las generaciones futuras dirán lo que ocurre en materia de sostenibilidad.

La cuestión principal sigue siendo la del origen de la energía que es capaz de transformarnos.

Los gnósticos de hace dos mil años hablaban del “Pleroma” para evocar la plenitud de energía-alma de un orden superior, cual fuente del cosmos, siempre presente y potencialmente accesible a todos. El alma puede beber de esta fuente de la plenitud. Ésta está por doquier siempre a su alcance. El hombre la recibe gratuitamente y, a su vez, tiene la posibilidad de transmitirla, de darla, sin apegarse a ella. Todo lo que se recibe sin contrapartida, bien sea energía, riquezas o amor, debe también transmitirse sin obtener beneficio alguno. ¡Nobleza de alma obliga!

Todo esto arroja una nueva luz, una luz hermética sobre la noción de la riqueza. La verdadera riqueza es la que puede ser ofrecida de manera ilimitada pues procede de una fuente inagotable. ¿Cómo podemos nosotros aproximarnos a esta fuente para conseguir energía? ¡Naturalmente no esperaremos obtenerla agotando los recursos de nuestro planeta! Lo maravilloso y que además no falla es utilizar de manera activa, en una actitud de acogida, el canal de recepción en el centro de nuestro ser, allí donde nuestra alma se conecta con nosotros. El centro matemático de nuestra propia realidad cósmica, nuestro microcosmos, es también el punto central del cosmos, de la totalidad de nuestro sistema solar y por tanto de la tierra de la que forma parte.

El contenido de nuestra alma desempeña un papel primordial para la transformación de nuestra consciencia, que es la clave para la tierra santa. Nuestra mentalidad, nuestro comportamiento y nuestra consciencia, nuestra total orientación, todo esto determina nuestra capacidad de recibir



la energía de la plenitud, la energía de la renovación que podrá ser distribuida a otros. Para encontrar la fuente, el Pleroma, hay que entrar en la quietud y así descender a través de nuestro centro hasta el ser más profundo. Desde allí la fuerza se derramará en nuestro corazón. Ese centro de nuestro ser tiene proporciones cósmicas, y por medio de él somos unidos al sol interior, revelando así que la realidad del mundo es mucho más amplia e inclusiva de lo que podemos imaginar. Una vez que la corriente de energía fluye como el agua, según Hildegarde de Bingen, el cuerpo debe usarla. A Hildegarde, esto le da una creatividad prolífica en la música, la literatura, la poesía y en muchas otras disciplinas. Ofrecer a otros la energía del Pleroma tiene un efecto transformador y revolucionario sobre la consciencia. El donante obtiene una especie de consciencia cósmica, tal y como testimonian ciertas obras de esta visionaria mística que habla del carácter eterno y sagrado de la vida. Se percibe la Tierra de manera tan diferente que se puede hablar de la “Nueva Tierra”. La radiación de la vida divina es perceptible en cada cosa. La visión parte del conjunto, de la integralidad de la vida, “*sub specie aeternitas*” (bajo su aspecto eterno) como lo expresaba Spinoza. Aun cuando

no podamos observarlo con nuestros ojos, esta vida nueva es también una realidad en la Tierra siempre y cuando encontremos la fuente en nuestro ser denominada Tao, Brahma, Dios, etc. El secreto es que esta fuente divina puede establecer su morada en nosotros y realizar su obra, siempre por intermediación del centro situado en nuestro corazón. Una vez que Tao traza su vía en nosotros y por nosotros, Krishna, el Señor del interior se despierta. Un nacimiento interior tiene lugar, simbólicamente representado como si se produjera en la gruta o el establo de la vida microcósmica. La actividad de este principio interior es purificadora y sostenible, sin ninguna pérdida de energía ni residuos. Pero, ¿podría esta creatividad salirse del área de juegos adaptado a la medida de lo humano?

Hermann Hesse ha descrito el combate del espíritu humano contra la barbarie de la voluntad de poder en una novela que pone de relieve su ingenio: *El Juego de abalorios*, publicado en 1943. Ahí la cultura humana está representada en un juego de perlas. Cinco años antes, Johan Huizinga en su *Homo ludens* también había visto amenazada la libertad y la creatividad por la brutalidad primitiva. La gestión actual unilateral, la hegemonía total de la que gozan los poderes económicos y financieros, representa otra forma de asfixia de toda creatividad y del placer de jugar, lo que es todavía más grave.

Resumiendo, si conseguimos conservar lo material a la medida de lo humano, la materia y la Tierra en tanto que zona de juegos, seremos inmensamente ricos. ♣

1. Minimex: En Bélgica renta mínima de inserción. (Dicc. Larousse)
2. Marten Tooder; diseñador y autor, denominado el “Walt Disney neerlandés” ha realizado esta historieta magistral: De Hoogbazen (Los Superjefes). Puesto que los juegos de palabras son intraducibles, los nombres propios ha sido reinventados. (NDT)



El punto ciego



Sin la tierra el cielo es insípido,
Sin el cielo la tierra es inhabitable

Como por reflejo instintivo, mi observación clasifica en bien y mal, en pro y contra. Me encuentro permanentemente tomando partido a favor o en contra de una cosa u otra. ¿Estoy obligado a soportar a este déspota que me obliga una vez a aceptar y otra vez a rechazar lo que tengo que vivir? Pues de hecho eso es lo que hago. Sin embargo, en cada ocasión esto crea un punto ciego, una zona que escapa a mi visión. En el punto preciso situado entre las visiones opuestas están, además de lo que yo soy, las razones que me doy a mí mismo y que cubren mi observación. La zona central se halla así oculta y me encuentro en un campo de batalla de opiniones y de elecciones que poco a poco me veo obligado a revisar. Por último, me pregunto cuál es el verdadero resultado de lo que yo considero como un éxito o como un fracaso.

La cara de la medalla me resulta familiar y es la que más me conviene. Pero cuando le doy la vuelta, los dos lados cambian de nombre y de cualidad (supuestamente). Y así ocurre que frecuentemente el bien y el mal, el pro y el contra, intercambian sus posiciones. El amigo se torna en enemigo; la prohibición en autorización. Mis convicciones sienten afecto por esos muros que yo mismo he levantado, y yo sin reflexionar, me golpeo contra ellos continuamente. Todo esto dura hasta que renuncio a mi punto de vista para adoptar otro que cuestiona el impulso justiciero y saca a la luz el reverso de la medalla deliberadamente disimulado al principio.

Me aconseja con frecuencia: “Considera el asunto desde el otro lado”. Esto no siempre resulta fácil, pero aporta un beneficio. Precisamente donde temía una pérdida de prestigio, mi visión se amplía.

¿Acaso no se dice: “Hacer de la necesidad una virtud” o también “Nada hay tan malo que no sirva para algo”? Estas expresiones nos hacen ver de entrada que necesidad y virtud son conceptos relativos que poseen la cualidad excepcional de conciliar los contrarios, de construir puentes. Aquí reconocemos la fuerza del principio hermético “Así como es arriba, así es abajo”. Sí, también lo reconozco en mí mismo. Abajo, me encuentro dominado por la coacción ejercida por mis opiniones, pero en cuanto me abro, éstas se disuelven, como penetradas por la fuerza unificadora que nunca duerme ni reposa. Ella logra extraer de todas las contradicciones el remedio adecuado. Para ello basta que yo acepte echar “un poco de agua en mi (supuesto) vino” –en cantidad suficiente, no obstante– para situarme justo a tiempo sobre el camino del centro.

La vida perfecta es inspirar y expirar, dar y recibir. Cuando uno mis percepciones con el pensamiento hermético, se disipa toda ilusión y me encuentro cara a cara conmigo mismo. Así me convierto en el recipiente del cielo y la tierra. El punto ciego se diluye progresivamente. Un resplandor de eternidad es desvelado. Lo que al principio era un obstáculo, se convierte en un escalón, un suelo firme donde la vida se despliega sobre el cual puedo elegir en total libertad.

El cielo sin la tierra es insípido, la tierra sin el cielo es inhabitable. Mire a su alrededor, vea a toda esa gente que lo ha olvidado. Cuando uno las dos esferas y dejo detrás de mí las contradicciones, me encuentro ante un nuevo cielo-tierra. Desde ese momento asumo mis responsabilidades, soy un co-constructor del Todo. ☼

Ilustración: Moneda de oro con la efigie de Filippo II de Macedonia, con Apolo al verso (359-356 A. C.)

Mi religión

Miguel de Unamuno



Me escribe un amigo desde Chile diciéndome que se ha encontrado allí con algunos que, refiriéndose a mis escritos, le han dicho: “Y bien, en resumidas cuentas, ¿cuál es la religión de este señor Unamuno?” Pregunta análoga se me ha dirigido aquí varias veces. Y voy a ver si consigo no contestarla, cosa que no pretendo, sino plantear algo mejor el sentido de la tal pregunta. Tanto los individuos como los pueblos de espí-

ritu perezoso -y cabe pereza espiritual con muy fecundas actividades de orden económico y de otros órdenes análogos- propenden al dogmatismo, sépanlo o no lo sepan, quieranlo o no, proponiéndose o sin proponérselo. La pereza espiritual huye de la posición crítica o escéptica. Escéptica digo, pero tomando la voz escepticismo en su sentido etimológico y filosófico, porque escéptico no quiere decir el que duda, sino el que investiga o rebusca, por oposición

al que afirma y cree haber hallado. Hay quien escudriña un problema y hay quien nos da una fórmula, acertada o no, como solución de él. En el orden de la pura especulación filosófica, es una precipitación el pedirle a uno soluciones dadas, siempre que haya hecho adelantar el planteamiento de un problema. Cuando se lleva mal un largo cálculo, el borrar lo hecho y empezar de nuevo significa un no pequeño progreso. Cuando una casa amenaza ruina o se hace completamente inhabitable, lo que procede es derribarla, y no hay que pedir se edifique otra sobre ella. Cabe, sí, edificar la nueva con materiales de la vieja, pero es derribando antes ésta. Entretanto, puede la gente albergarse en una barraca, si no tiene otra casa, o dormir a campo raso.

Y es preciso no perder de vista que para la práctica de nuestra vida, rara vez tenemos que esperar a las soluciones científicas definitivas. Los hombres han vivido y viven sobre hipótesis y explicaciones muy deleznable, y aun sin ellas. Para castigar al delincuente no se pusieron de acuerdo sobre si éste tenía o no libre albedrío, como para estornudar no reflexiona uno sobre el daño que puede hacerle el pequeño obstáculo en la garganta que le obliga al estornudo. Los hombres que sostienen que de no creer en el castigo eterno del infierno serían malos, creo, en honor de ellos, que se equivocan. Si dejaran de creer en una sanción de ultratumbas no por eso se harían peores, sino que entonces buscarían otra justificación ideal a su conducta. El que siendo bueno cree en un orden trascendente, no

tanto es bueno por creer en él cuanto que cree en él por ser bueno. Proposición ésta que habrá de parecer oscura o enrevesada, estoy de ello cierto, a los preguntones de espíritu perezoso. Y bien, se me dirá, “¿Cuál es tu religión?” Y yo responderé: mi religión es buscar la verdad en la vida y la vida en la verdad, aun a sabiendas de que no he de encontrarlas mientras viva; mi religión es luchar incesante e incansablemente con el misterio; mi religión es luchar con Dios desde el romper del alba hasta el caer de la noche, como dicen que con Él luchó Jacob. No puedo transigir con aquello del Inconocible -o Incognoscible, como escriben los pedantes- ni con aquello otro de “de aquí no pasarás”. Rechazo el eterno *ignorabimus*. Y en todo caso, quiero trepar a lo inaccesible.

“Sed perfectos como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto”, nos dijo el Cristo, y semejante ideal de perfección es, sin duda, inasequible. Pero nos puso lo inasequible como meta y término de nuestros esfuerzos. Y ello ocurrió, dicen los teólogos, con la gracia. Y yo quiero pelear mi pelea sin cuidarme de la victoria. ¿No hay ejércitos y aun pueblos que van a una derrota segura? ¿No elogiamos a los que se dejaron matar peleando antes que rendirse? Pues ésta es mi religión.

Ésos, los que me dirigen esa pregunta, quieren que les dé un dogma, una solución en que pueda descansar el espíritu en su pereza. Y ni esto quieren, sino que buscan poder encasillarme y meterme en uno de los cuadrículados en que colocan a los espíritus, diciendo de mí: es

luterano, es calvinista, es católico, es ateo, es racionalista, es místico, o cualquier otro de estos moños, cuyo sentido claro desconocen, pero que les dispensa de pensar más. Y yo no quiero dejarme encasillar, porque yo, Miguel de Unamuno, como cualquier otro hombre que aspire a conciencia plena, soy una especie única. “No hay enfermedades, sino enfermos”, suelen decir algunos médicos, y yo digo que no hay opiniones, sino opinantes.

En el orden religioso apenas hay cosa alguna que tenga racionalmente resuelta, y como no la tengo, no puedo comunicarla lógicamente, porque sólo es lógico y transmisible lo racional. Tengo, sí, con el afecto, con el corazón, con el sentimiento, una fuerte tendencia al cristianismo sin atenerme a dogmas especiales de esta o de aquella confesión cristiana. Considero cristiano a todo el que invoca con respeto y amor el nombre de Cristo, y me repugnan los ortodoxos, sean católicos o protestantes -éstos suelen ser tan intransigentes como aquéllos-, que niegan cristianismo a quienes no interpretan el Evangelio como ellos. Cristiano protestante conozco que niega el que los unitarios sean cristianos. Confieso sinceramente que las supuestas pruebas racionales -la ontológica, la cosmológica, la ética, etcétera- de la existencia de Dios no me demuestran nada; que cuantas razones se quieren dar de que existe un Dios me parecen razones basadas en paralogismos y peticiones de principio. En esto estoy con Kant. Y siento, al tratar de esto, no poder hablar a los zapateros en términos de zapatería.

Nadie ha logrado convencerme racionalmente de la existencia de Dios, pero tampoco de su no existencia; los razonamientos de los ateos me parecen de una superficialidad y futilidad mayores aún que los de sus contradictores. Y si creo en Dios, o, por lo menos, creo creer en Él, es, ante todo, porque quiero que Dios exista, y después, porque se me revela, por vía cordial, en el

Evangelio y a través de Cristo y de la Historia. Es cosa de corazón.

Lo cual quiere decir que no estoy convencido de ello como lo estoy de que dos y dos hacen cuatro.

Si se tratara de algo en que no me fuera la paz de la conciencia y el consuelo de haber nacido, no me cuidaría acaso del problema; pero como en él me va mi vida toda interior y el resorte de toda mi acción, no puedo aquietarme con decir: ni sé ni puedo saber. No sé, cierto es; tal vez no pueda saber nunca, pero “quiero” saber. Lo quiero, y basta.

Y me pasaré la vida luchando con el misterio y aun sin esperanza de penetrarlo, porque esa lucha es mi alimento y es mi consuelo. Sí, mi consuelo. Me he acostumbrado a sacar esperanza de la desesperación misma. Y no griten ¡Paradoja! los mentecatos y los superficiales.

No concibo a un hombre culto sin esta preocupación, y espero muy poca cosa en el orden de la cultura -y cultura no es lo mismo que civilización- de aquellos que viven desinteresados del problema religioso en su aspecto metafísico y sólo lo estudian en su aspecto social o político. Espero muy poco para el enriquecimiento del tesoro espiritual del género humano de aquellos hombres o de aquellos pueblos que por pereza mental, por superficialidad, por cientificismo, o por lo que sea, se apartan de las grandes y eternas inquietudes del corazón. No espero nada de los que dicen: “¡No se debe pensar en eso!”; espero menos aún de los que creen en un cielo y un infierno como aquel en que creíamos de niños, y espero todavía menos de los que afirman con la gravedad del necio: “Todo eso no son sino fábulas y mitos; al que se muere lo entierran, y se acabó”. Sólo espero de los que ignoran, pero no se resignan a ignorar; de los que luchan sin descanso por la verdad y ponen su vida en la lucha misma más que en la victoria.

Y lo más de mi labor ha sido siempre inquietar a mis prójimos, removerles el poso del corazón, angustiarlos, si puedo. Lo dije ya en mi *Vida de Don Quijote y Sancho*, que es mi más extensa confesión a este respecto. Que busquen ellos, como yo busco; que luchen, como lucho yo, y entre todos algún pelo de secreto arrancaremos a Dios, y, por lo menos, esa lucha nos hará más hombres, hombres de más espíritu.

Para esta obra -obra religiosa- me ha sido menester, en pueblos como estos pueblos de lengua castellana, carcomidos de pereza y de superficialidad de espíritu, adormecidos en la rutina del dogmatismo católico o del dogmatismo librepensador o científicista, me ha sido preciso aparecer unas veces impúdico e indecoroso, otras duro y agresivo, no pocas enrevesado y paradójico. En nuestra menguada literatura apenas se le oía a nadie gritar desde el fondo del corazón, descomponerse, clamar. El grito era casi desconocido. Los escritores temían ponerse en ridículo. Les pasaba y les pasa lo que a muchos que soportan en medio de la calle una afrenta por temor al ridículo de verse con el sombrero por el suelo y presos por un polizonte. Yo, no; cuando he sentido ganas de gritar, he gritado. Jamás me ha detenido el decoro. Y ésta es una de las cosas que menos me perdonan estos mis compañeros de pluma, tan comedidos, tan correctos, tan disciplinados hasta cuando predicán la incorrección y la indisciplina. Los anarquistas literarios se cuidan, más que de otra cosa, de la estilística y de la sintaxis. Y cuando desentonan lo hacen entonadamente; sus desacordes tiran a ser armónicos.

Cuando he sentido un dolor, he gritado, y he gritado en público. Los salmos que figuran en mi volumen de *Poesías* no son más que gritos del corazón, con los cuales he buscado hacer vibrar las cuerdas dolorosas de los corazones de los demás. Si no tienen esas cuerdas, o si las tienen tan rígidas que no vibran, mi

Mi religión es buscar la verdad en la vida y la vida en la verdad, aun a sabiendas de que no he de encontrarlas mientras viva; mi religión es luchar incesante e incansablemente con el misterio; mi religión es luchar con Dios

.....



grito no resonará en ellas, y declararán que eso no es poesía, poniéndose a examinarlo acústicamente. También se puede estudiar acústicamente el grito que lanza un hombre cuando ve caer muerto de repente a su hijo, y el que no tenga ni corazón ni hijos, se queda en eso.

Esos salmos de mis *Poesías*, con otras varias composiciones que allí hay, son mi religión, y mi religión cantada, y no expuesta lógica y razonadamente. Y la canto, mejor o peor, con la voz y el oído que Dios me ha dado, porque no la puedo razonar. Y el que ve raciocinios y lógica, y método y exégesis, más que vida, en esos mis versos porque no hay en ellos faunos, dríades, silvanos, nenúfares, “absintios” (o sea ajenjos), ojos glaucos y otras garambainas más o menos modernistas, allá se quede con lo suyo, que no voy a tocarle el corazón con arcos de violín ni con martillo.

De lo que huyo, repito, como de la peste, es de que me clasifiquen, y quiero morir me oyendo preguntar de mí a los holgazanes de espíritu que se paren alguna vez a oírme: “Y este señor, ¿qué es?” Los liberales o progresistas tontos me tendrán por reaccionario y acaso por místico, sin saber, por supuesto, lo que esto quiere decir, y los conservadores y reaccionarios tontos me tendrán por una especie de anarquista espiritual, y unos y otros, por un pobre señor afanoso de singularizarse y de pasar por original y cuya cabeza es una olla de grillos. Pero nadie debe cuidarse de lo que piensen de él los tontos, sean progresistas o conservadores, liberales o reaccionarios.

Y como el hombre es terco y no suele querer enterarse y acostumbra después que se le ha sermoneado cuatro horas a volver a las andadas, los preguntones, si leen esto, volverán a preguntarme: “Bueno; pero ¿qué soluciones traes?” Y yo, para concluir, les diré que si quieren soluciones, acudan a la tienda de enfrente, porque en la mía no se vende semejante artículo. Mi empeño

ha sido, es y será que los que me lean, piensen y mediten en las cosas fundamentales, y no ha sido nunca el de darles pensamientos hechos. Yo he buscado siempre agitar, y, a lo sumo, sugerir, más que instruir. Si yo vendo pan, no es pan, sino levadura o fermento.

Hay amigos, y buenos amigos, que me aconsejan me deje de esta labor y me recoja a hacer lo que llaman una obra objetiva, algo que sea, dicen, definitivo, algo de construcción, algo duradero. Quieren decir algo dogmático. Me declaro incapaz de ello y reclamo mi libertad, mi santa libertad, hasta la de contradecirme, si llega el caso. Yo no sé si algo de lo que he hecho o de lo que haga en lo sucesivo habrá de quedar por años o por siglos después que me muera; pero sé que si se da un golpe en el mar sin orillas las ondas en derredor van sin cesar, aunque debilitándose. Agitar es algo. Si merced a esa agitación viene detrás otro que haga algo duradero, en ello durará mi obra.

Es obra de misericordia suprema despertar al dormido y sacudir al parado, y es obra de suprema piedad religiosa buscar la verdad en todo y descubrir dondequiera el dolo, la necedad y la ineptia.

Ya sabe, pues, mi buen amigo el chileno lo que tiene que contestar a quien le pregunte cuál es mi religión. Ahora bien; si es uno de esos mentecatos que creen que guardo ojeriza a un pueblo o una patria cuando le he cantado las verdades a alguno de sus hijos irreflexivos, lo mejor que puede hacer es no contestarles.

Salamanca, 6 de noviembre de 1907



J. S. B. Elwell

El dragón

En la mitología griega así como en los escritos alquímicos de Occidente y Oriente, el dragón es un símbolo excepcional. El combate que libra San Jorge contra él para conquistar a la bella princesa (el alma) o liberarla del dominio del animal, es uno de los mitos más conocidos en Europa. En la terminología del Apocalipsis, Miguel consigue vencer al dragón – dragón o serpiente de la naturaleza inferior. Estas dos representaciones son tanto el símbolo de las fuerzas instintivas como el de la consciencia espiritual elevada obtenida mediante una indispensable transformación.

Al comienzo, la leyenda presenta el Leviatán, monstruo marino mítico (o la hidra de múltiples cabezas), como dañino y peligroso; el héroe, ya sea Marduk, Jorge, Sigfrido o Hércules debe vencerlo con la espada del Espíritu. En efecto, en esta primera fase sentimos el mundo como una amenaza y un peligro. No obstante, cuando tiene lugar el combate podemos ver el dragón provisto de tres pares de alas: las del cuerpo, las del corazón o del alma y las de la cabeza o del espíritu; el dragón simboliza en ese momento el cuerpo que, habiendo llegado a la unidad armoniosa con el alma y el espíritu, puede desplegarse y elevarse más allá de la profundidades del mundo material.

En alquimia, el dragón representa el Mercurio rápido y ambivalente que se manifiesta al principio bajo forma de reptil reptante que debe ser liberado al igual que el espíritu encerrado en la botella. Es la materia prima, o sustancia original de la que todo está compuesto, que gracias al proceso alquímico será transmutada. El dragón negro se transforma entonces en dragón de oro y la materia prima es liberada de su encarcamiento espacio-temporal.

Otro enfoque de origen gnóstico y hermético presenta el reptil simbólico bajo forma de **Uróboros**. Este símbolo procedente de las tradiciones del antiguo Egipto y de la antigua Grecia, muestra el dragón mordeándose la cola, lo que ha dado lugar a diversas interpretaciones. Su nombre significa: “el que se come su cola”; esto evoca el círculo infinito del eterno retorno. En las reproducciones más antiguas, simboliza el caos sin forma que rodea el mundo ordenado: el antiguo Egipto estaba considerado en su época como el país en el cual reinaba el orden y cuya civilización tenía el objetivo de preservar el universo. Por el hecho de guardar y proteger el orden eterno, Egipto se sustraía a ese caos.

En la Gnosis, el dragón expresa la unidad de todas las cosas, tanto espirituales como materiales. Su esencia no desaparece nunca pero perece y renace eternamente siempre bajo nuevas formas. En el Evangelio de la *Pistis Sofía*, el disco solar es también descrito como “una serpiente dodécuple mordeándose la cola” ☼

Llamados por el corazón del mundo

Prólogo de J. R. Ritman

El libro *Llamados por el Corazón del Mundo* está dedicado y vinculado a un grupo excepcional de pioneros, que son los guías de la humanidad. Son los representantes, los portadores de la llave de la llama ardiente del fuego espiritual inextinguible que se manifiesta incesantemente a lo largo de miles de años. Son también los heraldos modernos de la Fraternidad Universal, que aceptaron la tarea de llevar a cabo una reforma espiritual del mundo y la humanidad. Esto nos remite a la ejecución de un plan de salvación para el mundo y la humanidad, que los guías espirituales de la Escuela de la Rosacruz Áurea, Jan van Rijckenborgh y Catharose de Petri, describieron en el mes de septiembre de 1945 como “el establecimiento una vez más de la Comunidad de la *Pistis Sophia*”, y en el año 1956 como “La Iglesia de Hermes”.

Valentín, un seguidor de los primeros apóstoles y fundador de la primera comunidad de misterios gnósticos cristianos, explicó a sus discípulos el origen, la génesis, del pensamiento creativo divino y de los mundos divinos incognoscibles. Al espacio divino incognoscible lo llamó *Pleroma*, el mundo de la naturaleza divina con sus emanaciones. Lo que fluye del *Pleroma* divino se manifiesta en dos corrientes, como dos ríos. A una de ellas, al conocimiento, la denominó la *Pistis*, y a la otra, a la sabiduría, *Sophia*. Una de las corrientes está totalmente asociada al conocimiento humano común de cada era, para que las grandes masas puedan descubrirla y reaccionar a ella, y de hecho así sucede. La otra

corriente se encuentra completamente separada de este mundo, aunque irradiando sobre él, para que el individuo, el buscador de Dios, al escapar de la *Pistis*, encuentre finalmente a la *Sophia*, y pueda de hecho transformarse en la misma *Sophia*.

Considere este libro como una crónica escrita del mandato recibido por los responsables de renovar este plan de salvación, los cuales en nuestros tiempos se esforzaron en revelar el testamento vivo de la Gnosis. Se les conoce por haber establecido una fraternidad en el mundo con una escuela de misterios en su centro, en la cual los dos aspectos de conocimiento y sabiduría, el misterio de la *Pistis Sophia*, ocupan un lugar central. Esta escuela de misterios está íntimamente unida a la sabiduría de Hermes Trismegistos, grabada en la *Tabula Smaragdina* y el *Corpus Hermeticum*, en el que vemos la evidencia del ser humano cuya esencia ha sido tocada por el gran amor divino.

El resultado visible de su obra es un campo de cosecha, una comunidad de almas humanas que, como fraternidad viviente, demuestra la verdadera religión por un amoroso servicio a la humanidad. Así mismo muestran que profecía y manifestación van de la mano porque están ancladas y unidas a la única piedra angular “Jesucristo”.

Nosotros, que hemos cruzado la frontera entre el segundo y tercer milenio, vivimos en una sociedad turbulenta con cuestiones fundamentales, y más que nunca necesitamos un nuevo marco de referencia. Es el marco que hoy en

día llamamos el camino de la Gnosis, el camino del Tao, el comienzo sin vestigios que continúa incesante en la fuerza de la única fuente y es omnipresente. De esta manera estamos unidos al poderoso comienzo primordial, al impulso crístico que originó a la gnosis egipcia, como herencia de Hermes Trismegistos, y a la gnosis cristiana de los primeros años de nuestra era. Jan van Rijckenborgh nos lo confirmó a finales de abril de 1956: “Debemos fundar un ecumenismo gnóstico, un ecumenismo enraizado en la Gnosis: ¡la gnosis de Hermes Trismegistos!”. Sobre esta base se originó esta poderosa iniciación que se manifiesta en nuestros días como gnosis cristiano-hermética.

Este marco de referencia muestra que la herencia de la verdad viviente es entregada de nuevo al grupo de humanidad que explica los cambios de la sociedad desde la brújula interna del alma, y que desvela el misterioso mapa de otra realidad de vida mostrando un camino nuevo. Quien, a través de los *Manifiestos de la Fraternidad de la Rosacruz*, se identifica con la tarea de ser también él un guía en el continuo camino de las experiencias humanas, intuye la evidencia de lo descrito como “líneas maestras eternamente inamovibles”. La persona, que ha cruzado la frontera del ser interior, ha abierto la ventana del alma, y por lo tanto se encuentra cara a cara con este poderoso centro, el corazón del mundo, que refleja el origen de la vida. Los portadores de la verdad, los portadores de la luz de la llama inextinguible son los pioneros del pasado, presente y futuro que proclaman la

llamada del amor en la fuerza del latido oculto del corazón del mundo. Testifican el ritmo eterno, la respiración y la vida del espíritu mismo. Esta Fraternidad de portadores de Luz que, en tiempos precristianos se manifestó como la Orden de Melquisedec, de la cual Jesucristo es el sumo sacerdote, emana una actividad que sobrepasa tiempo y espacio y configura el destino último de la existencia de la forma humana. Ésta es la razón por la que sus patronos que traspasan tiempo y espacio, sólo pueden ser reconocidos y utilizados por una Orden espiritual cuyos representantes se manifiestan como los servidores, los hermanos y hermanas, de la cadena de la Fraternidad universal de todos los tiempos.

Por esta razón, Jan van Rijckenborgh y Catharose de Petri, junto con un devoto grupo de alumnos, construyeron el primer “Templo de Fuego”, el Templo de Renova en Lage Vuursche, sobre la base de un plan claramente trazado. En diciembre de 1951, Jan van Rijckenborgh encendió la llama espiritual en este templo, movilizándolo de esta manera a los representantes de la séptuple fraternidad mundial, activa en y con el mundo y llamada a aparecer ante el foro mundial. En 1954 lo expresó así: “Hablamos ahora de la Iglesia Universal Gnóstica, de la *Ecclesia Pistis Sophia*, la comunidad que reconoce, considera y profesa al Cristo como la verdadera cabeza del mundo y, aceptando las consecuencias, en Él vence hasta la absoluta liberación. Por esto deberíais saber que todas las fraternidades gnósticas precedentes se llamaban a sí mismas iglesias,



que por necesidad tenían que estar completamente dedicadas a la *Sophia*, para que cualquier peregrino hastiado pudiera transformarse en un auténtico *Pistis Sophia*. El 1 de septiembre de 1954 la Escuela recibió la herencia de las fraternidades precedentes, y a esta herencia y último testamento también pertenece la tarea de continuar el trabajo como *Ecclesia Pistis Sophia*, tarea que hemos aceptado totalmente”.

Sobre esta base, los esquemas de una nueva etapa de desarrollo, que se manifestó como el nuevo reino gnóstico en Europa, se hicieron visibles en el período siguiente. Fue la etapa del nacimiento del séptuple Cuerpo Viviente desarrollado en un campo de fuerza, un nuevo campo de vida en Europa. De esta manera la Escuela Espiritual se ha convertido en el núcleo vivo de un nuevo desarrollo de la humanidad, llevado a cabo como una revolución mundial bajo la radiación de los tres planetas de misterios: Urano, el corazón; Neptuno, la cabeza; y Plutón, el acto.

Así experimentamos en este momento la manifestación de la Escuela Espiritual y su Cuerpo Vivo en sus tres aspectos de preparación, confesión y concienciación. En verdad, la Escuela Espiritual se ha desarrollado séptuplemente en espíritu, alma y forma corporal, y está por lo tanto completamente activa en las mitades conocida y desconocida del mundo. Así, conscientemente, se ha convertido en el cuerpo que abre y ejecuta el Testamento Espiritual de la Orden de la Rosacruz, permitiéndole aparecer bajo el signo del padre-hermano Cristián

Rosacruz en la etapa de la humanidad venidera. Más que nunca emana la llamada viva hacia el grupo de buscadores que reaccionarán, porque deben reaccionar, a la fuerza de radiación gnóstica.

Para clarificar al lector: el reino gnóstico es el campo de la séptuple fraternidad mundial, en el que el Cuerpo Vivo, séptuplemente manifestado es “la puerta que se ha abierto a Europa”.

En este espíritu, un grupo de 2.500 alumnos de 40 países se reunieron en el año 2001 para una conferencia en el valle de Ariège, al sur de Francia, en las cercanías al monumento de la Triple Alianza de la Luz: Grial, Cátaros y Cruz con Rosas erigido en 1957. En el antiguo territorio de Sabarthez, con su lema *Sabarthez, Custos Summorum* -guardián de lo más sublime- se celebró una conferencia del 8 al 12 de septiembre de 2001. El 11 de septiembre, cuando los fundamentos del mundo occidental fueron sacudidos, amanecía simultáneamente un nuevo día de manifestación en el horizonte. La perspectiva especial de una escuela gnóstica de iniciación activa era llamar y atraer a una gran parte de la humanidad, a buscadores de conocimiento, la *Pistis*, y luego enseñar y servir al mundo y la humanidad, porque poseía la triple fórmula de liberación, la *Sophia*, en forma de:

- La Enseñanza Universal
- Un cuerpo de iniciación séptuple habitado
- Una evidencia real de la transfiguración viva que se lleva a cabo en el cambio que se realiza en el mundo.

Este es un campo literalmente controlado y cargado con la fuerza de manifestación de la cadena de la Fraternidad Universal.

Por ello, la construcción del reino gnóstico, que empezó con la fundación del trabajo en 1924, fue llevada a cabo bajo el signo de dos veces siete o, expresado simbólicamente, por el número 77. Esto es así, ya que en el año 2001, 77 años después del momento de su nacimiento, tuvo lugar en el campo de trabajo, un séptuple proceso de elevación terrenal, y un descenso de una fuerza espiritual séptuple, de acuerdo con la fórmula hermético-gnóstica “ lo que es arriba es abajo”.

Por lo tanto, un reino gnóstico es un campo del espíritu disociado completamente del mundo, pero que llega *ante* el mundo para liberarlo de las fuerzas opuestas del bien y del mal. Hay unidad en la Gnosis, ya que no contiene opuestos. En ella perece el proceso de todos los pares de opuestos. Por lo tanto, llegar al número 77 significa que tres aspectos liberadores, tres fuerzas gnósticas fundamentales son liberadas en el reino gnóstico, a saber, el cuerpo de la enseñanza, el cuerpo de la alegría y el cuerpo de la transfiguración. El campo del espíritu es absolutamente autónomo en cuanto a espíritu, alma y cuerpo y se alimenta constantemente de la plenitud séptuple.

En la etapa manifestada actualmente, la Escuela Espiritual de la Rosacruz Áurea entra en el mundo con la fuerza de la Gnosis viva, totalmente consciente de la séptuple fraternidad mundial, es decir, con la fuerza crítica de la magia gnóstica del reino que no es de este mundo. Por ello, se nos permite decir que en 2001, durante el período del 8 al 12 de septiembre, 77 años después de la fundación de la Escuela Espiritual el 24 de agosto de 1924, la construcción del arca viva pudo considerarse completada en la fuerza de la Unidad, la Libertad y el Amor.

Toda escuela de iniciación ha grabado su gran pasado en las páginas de la historia humana, no para vincularse al tiempo y al espacio, sino como testimonio de un servicio voluntario de los “siervos del Señor” que enseñan el camino a los seres humanos buscadores. Todos los que se encuentren en medio de una nueva revolución mundial, procedentes de todos los países del campo mundial de la Escuela Espiritual de la Rosacruz Moderna, están ahora preparados para ayudar a desarrollar una nueva etapa en el trabajo de la séptuple fraternidad mundial. Deben saber que la Triple Alianza de la Luz, Grial, Cátaros y Cruz con Rosas está detrás de ellos con su triple panacea de liberación: pureza-amor-gracia.

De esta forma, la Escuela Espiritual de la Rosacruz Áurea, séptuplemente manifestada, es totalmente consciente de su tarea de ejecutar el trabajo mundial del padre-hermano Cristián Rosacruz según la frase del prólogo del evangelio de Juan:

Lux lucet in tenebris

La Luz brilla en las tinieblas

Así se presenta ante el foro de la séptuple fraternidad mundial y su jerarquía viva, al servicio del mundo y la humanidad.

9 de noviembre de 2008

- El árbol y la serpiente
- La sabiduría de Waitaha
- Una tierra sostenible
- El punto ciego
- Mi religión
- El dragón
- Llamados por el corazón del mundo

